

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO TERCERO.

La fama de los memorables hechos de Francisco, y de las victorias que acababa de conseguir sobre los hereges, se extendió al momento por toda la Saboya: pasó los montes, y llegó hasta Roma: el Duque de Saboya, y aun el mismo Papa, tuvieron noticia de todo: quanto mas se esforzaba aquel hombre verdaderamente apostólico en esconderse de sí mismo, por decirlo así, y de atribuir toda la gloria al Padre de las luces, al autor de todos los bienes, de donde corren como un manantial, todos aquellos dones escelentes que admiran á menudo los hombres, sin remontarse hasta la causa primitiva; tanto mas este mismo Dios á quien servia tan puramente, se complacia en hacer brillar la gloria de un servidor fiel, que no tenia otra mira que los intereses de su Señor. No se hablaba de otra cosa en todas partes sino de su celo, de su firmeza, de su dulzura y capacidad, de su destreza en insinuarse en los espíritus, y de su constancia en los trabajos apostólicos. Esto fué lo que le atrajo tantas cartas de felicitacion de todos lados. El Obispo de Ginebra, á quien siempre habia dado cuenta exacta de todo lo que habia sucedido en el Chablais, y sin cuyo consejo no habia emprendido cosa alguna, fué el primero que le escribió. A sus cartas siguieron las del presidente Faure, que le felicitaba tanto en su nombre como en el del Duque de Saboya; lo mismo hicieron el Barón de Hermance, el famoso padre

Posevino, Jesuita, y el Arzobispo de Bari Nuncio de su Santidad en Turin. El presidente Faure hizo aun algo mas; pues le dedicó por entonces el duodécimo libro, de las conjeturas sobre el derecho civil. Nada puede añadirse á las alabanzas que hace de él en su epístola dedicatoria; las que hacen tanto mas honor á Francisco, quanto que son debidas únicamente á su mérito, puesto que aquel grande hombre no era muy amigo de prodigarlas. En fin el mismo Papa le escribió una carta afectuosa, en la que le exhorta á continuar en sus tareas apostólicas, y á concluir la conversion del Chablais, que tan felizmente habia empezado.

Pero no hubo cosa que fuese mas de su agrado que un Breve lleno de atencion, que le remitió el Papa para el Barón de Awlly. En él se ve quanto habia contribuido la señora de Awlly á la conversion de su esposo. Se ve ademas la consideracion que gozaba este señor cerca del Duque de Saboya y en todo el pais; porque despues que Clemente VIII le felicitaba sobre su dichosa vuelta á la Iglesia católica, le exhorta á proteger la Iglesia naciente del Chablais, y á imitar al Apostol de las gentes, que despues de haber sido uno de los perseguidores mas terribles de la fé, vino á ser por su fiel correspondencia á la gracia uno de sus mas celosos defensores.

Nada hay mas seductor que las alabanzas; y por mucha modestia que se afecte esteriormente, es raro que no se ceda interiormente á la tentacion de atribuirse á lo menos alguna parte de lo que á solo Dios es debido. Francisco no tenia este defecto; y el modo con que tomó las cartas de que se acaba de hablar no deja lugar á dudar de esta verdad. Respondió á los unos como el Apostol, que no teniendo nosotros cosa que no hayamos recibido de Dios, no tenemos ningun derecho á vanagloriarnos: á los otros que el que planta ó el que riega nada hace, pero que el fruto se debe enteramente

á Dios, que es el que da el aumento: que es inútil que los hombres hablen al exterior si Dios no habla al corazón; y que el que lo había hecho todo de la nada podía muy bien hacer algo valiéndose de los instrumentos mas viles. Su conducta correspondia á sus palabras: no podia sufrir que se hiciese con él la menor distincion: se dejaba tratar y recibir con la misma dulzura á los pobres que á los ricos: dejaba desempeñar á los demas las funciones de mas brillo, y se reservaba siempre las mas bajas y penosas: su dulzura y paciencia iban todos los dias en aumento en lugar de disminuirse: jamas se prevaleió de las ventajas que le daban su nacimiento, su crédito, y la estimacion y confianza que hacia de él el Príncipe: siempre se le ofendia impunemente, y parecia insensible á todo lo que no fuese perteneciente á Dios y á la Iglesia.

Así continuaba su mision con un fruto que casi nada dejaba que apetecer; pero no hay situacion por favorable que sea, que no sufra de cuando en cuando disgustos imprevistos: el Baron de Hermance, aquel caballero prudente y celoso por la Religion católica, cayó enfermo por este tiempo, y murió á los pocos dias, cuando había mas necesidad de sus consejos y del respeto que se había adquirido. Quería á Francisco de Sales como un amigo; y le veneraba como á padre, siempre pronto á ayudar sus buenos designios; y tenia tal crédito en la provincia, que conseguia las cosas que se tenían por mas difíciles de lograr. Francisco le asistió durante su enfermedad y tambien á la hora de la muerte: debiendo mirarse como una recompensa anticipada á su virtud, el haber vivido largo tiempo con un hombre tan santo, y el haber muerto al fin entre sus brazos.

Su pérdida fué tanto mas dolorosa, quanto que el que le sucedió estaba muy distante de parecersele: este fué Gerónimo de Lambert: era hombre de mérito, pero no poseia ni con mucho las grandes cualidades del Baron

de Hermance: era duro, mandaba las cosas con altanería, y bajo pretesto de hacer valer la autoridad del Príncipe descontentaba á todo el mundo, y se hacia aborrecer tanto como se había hecho querer su predecesor. Francisco, que á todo se acomodaba, sufría mucho con aquel gobernador sin quejarse. No es decir por esto que dejase de tenerle la consideracion debida, pues el Duque de Saboya se lo había recomendado mucho; pero sus modales altaneros y duros no se acomodaban en manera alguna con la estremada dulzura de Francisco; y este preferia á veces que dejasen de hacerse las cosas, antes que sufrir que se hiciesen de un modo que le atraiese el odio del pueblo.

Por esta razon fué por lo que no atreviéndose aun á decir misa en Tonon, iba todos los dias á decirla á una capilla bastante distante de la ciudad. El invierno era de los mas crudos, y un torrente que era preciso pasar había crecido tan extraordinariamente por haberse derretido las nieves, que se había llevado todos los puentes. No dejaba por eso de pasar y repasar todos los dias el torrente por encima de una especie de plancha de hielo por la que se escurria, apoyándose sobre las manos y rodillas con grande riesgo de su vida. El peligro á que se esponia asustaba á todos los que eran testigos de él; pero nada era capaz de contener el celo de aquel varon apostólico: y hallaba ademas tanto consuelo y fortaleza en participar del pan de los fuertes, que aunque los peligros hubieran sido mucho mayores, no hubieran bastado á impedirselo. Se complacia tambien en confesar que había adelantado mas en la conversion del Chablais con sus continuas y fervorosas oraciones, que con todos los demas talentos que el Señor se había dignado concederle. *Los Apóstoles, decía, unían siempre la oracion á la predicacion, y el pueblo de Dios no venció menos á sus enemigos con las oraciones de Moyses, que con las batallas de Josué. Se engaña el que trate de con-*

vertir á los pueblos por distintos medios de los que emplearon Jesucristo y sus Apóstoles: la mudanza del corazon únicamente puede venir de Dios, y por esto nunca estarán de mas cuantos ruegos se le dirijan para conseguirlo.

El Baron de Hermance á vista del peligro que corria todos los dias de caer en un torrente de los mas rápidos, que se lo hubiera llevado infaliblemente, sin que hubiese sido posible prestarle socorro alguno, habia tratado cuando vivia con gran destreza del restablecimiento de la misa en Tonon: llegó á conseguirlo sin violencia en la apariencia, y con consentimiento de los mismos que tenian mayor interes en impedirlo. Pero no teniendo su sucesor ni su prudencia ni su crédito, Francisco prefirió esponerse todos los dias al peligro de perder la vida, antes que ver destruida una obra que tanto le habia costado, con una conducta enteramente opuesta á la que se habia observado hasta entonces.

Entretanto, aumentándose cada dia el fruto que hacia Francisco en aquel pais, el Duque de Saboya que tenia un grandísimo interes en la conversion del Chablais, creyó que debia hablar con él: le escribió sobre el particular una carta afectuosa, en que le manifestaba su reconocimiento, y añadia la orden espresa de que se trasladase inmediatamente á Turin, para tratar con él de los medios con que se podria adelantar una obra tal como la que habia empezado, y que era tan importante á la Iglesia y al Estado.

Francisco, que estaba persuadido de que aquel Príncipe habia hasta entonces descuidado algun tanto sus intereses, y de que la concurrencia de la autoridad soberana manejada con dulzura no podia menos de producir un escelente efecto, dió gracias á Dios de que le hubiese abierto al fin los ojos, y le hubiese tocado al corazon: y ya se disponia para marchar él, cuando el padre Espiritu de Baumes, predicador capuchino, llegó

á Tonon: venia esté encargado de un Breve del Papa dirigido á Francisco, y de un negocio importante que tenia que proponerle de parte de su Santidad. El Breve cuya fecha era de primero de Octubre, se reducía á una carta credencial, por la que el Papa Clemente VIII, despues de manifestarle el aprecio que hacia de su prudencia y capacidad, le decia, que en virtud de la confianza que tenia en su celo por la santa Sede, le enviaba al padre Espiritu, que debia proponerle un negocio árduo de su parte, el cual habia tenido á bien confiarle como á persona muy capaz de desempeñarlo. Se dirigió sobre esto al padre Espiritu, y le preguntó, que era lo que su Santidad le habia mandado decirle: él respondió que el Papa deseaba que hiciese por tener una conferencia con Teodoro de Beza: que nada omitiese para obligarle á entrar en la Iglesia católica; y que si podia conquistarle, le aseguraba de parte de su Santidad todas las ventajas que podia apetecer, á excepcion de las dignidades eclesiásticas, que no queria que se le ofreciesen: y que se le darian todas las seguridades y garantías que él mismo pudiese desear.

Todo el mundo sabe, que Beza era el ministro mas célebre del partido de Calvino. Mientras este vivia partió con él su autoridad, y se refundió toda en él despues de la muerte de aquel: era sin contradiccion uno de los mas hermosos talentos de su siglo: hablaba y escribia en verso y en prosa con la mayor perfeccion; y sino era tan sabio como Calvino, le aventajaba en tantas otras cosas, que llegó á tener celos de él mas de una vez. Los calvinistas le miraban como á un hombre extraordinario; y la reputacion que gozaba entre ellos no podia ser mayor. Era entonces de una edad avanzada, pero nada habia perdido de su buen humor: la dulzura de sus costumbres, y los atractivos de su conversacion le habian grangeado tanto número de amigos, que era igualmente honrado y amado en todo el par-

tido. Habia profesado largo tiempo la Religion católica, en la cual habia nacido; y esto fué lo que tal vez hizo creer al Papa que no seria tan difícil el reducirle á volver á ella.

Los historiadores que han podido consultarse no dan otra razon. Pero no parece regular que un Papa tan hábil como Clemente VIII se hubiese fundado en una congetura tan débil, y dado sobre ella órdenes espresas para trabajar en su conversion. Sea de esto lo que fuere, la comision no podia ser mas honorífica para Francisco; y no puede darse mejor prueba del alto concepto en que estaba en la corte de Roma, que es sin disputa la mas ilustrada de toda la Europa, y en donde se juzga mejor del mérito de los sugetos.

Aquellas dos órdenes opuestas, una del Papa que le mandaba ir á Ginebra, otra del Duque de Saboya que le llamaba á Turin, pusieron á Francisco en el mayor embarazo. El padre Espiritu era de parecer que ejecutase la del Papa. Decia sobre esto que la estacion no era á propósito para pasar los montes: que él habia estado á pique de perecer de frio: que los caminos estaban intransitables por las nieves que habian caido aquel año en abundancia: que el mes de Diciembre, que se acercaba, los pondria aun peores; y que el Duque de Saboya no podia menos de aprobar una excusa tan legítima: que esto no tenia lugar con respecto á Ginebra que estaba muy cerca, y á donde se podia ir á lo largo del Lago por el camino mas hermoso del mundo: que el Papa que era muy instruido habia tenido indudablemente sus motivos para dar unas órdenes tan terminantes, de trabajar en la conversion de Beza: que se presentaban á veces coyunturas favorables que destruía el tiempo: que cuando no se aprovechaba uno de ellas, en el momento sucedia muy á menudo el no llegar despues á tiempo de hacerlo: que Beza era viejo y podia morir en el interin de hacer el viaje de Turin, y que con

su muerte se perderia un gran ejemplar que no podia menos de contribuir á la conversion de muchas gentes: y que aun cuando esto no sucediese, la voluntad de los hombres era inconstante, y tal vez se le hallaria entonces con disposiciones en que no se encontraria despues, por poco que se tardase en aprovecharse de ellas.

Un hombre menos celoso que Francisco no hubiera vacilado un momento en rendirse á las razones del padre Espiritu: este no habia ido á Tonon en posta; y despues de su salida de Roma se habia vuelto el tiempo tan crudo, que no podia Francisco esponerse á atravesar los montes, sin un peligro conocido de perder la vida. Por otra parte el discurso del padre Espiritu era ejecutivo; y no podia negar que si lograba obligar á Beza á volver á entrar dentro de la Iglesia católica, tendria esta vuelta tan favorables consecuencias como todo lo que pudiese negociar cerca de su Alteza Real. Pero aquel hombre apostólico se dirigia siempre al bien mas grande; y tenia en nada cuanto pudiese costarle, y aun su misma vida, cuando se trataba de la salvacion de las almas.

Esto fué lo que le obligó á responder al padre Espiritu, que convenia con él en que la conversion de Beza no podia menos de serle muy gloriosa y muy útil á la Iglesia católica, si llegaba á conseguirse, pero que esto era muy incierto: que entretanto él veia al Chablais y las tres Bailías dispuestas á convertirse, por poco que fuese ayudado para ello con la autoridad del Príncipe: que en la vuelta de Beza á la Iglesia católica se trataba precisamente de la conversion de una sola alma, porque aun dado caso que se verificase, no era seguro que su ejemplo fuese seguido: que en la del Chablais y las Bailías se trataba de la de un gran número de almas, la menor de las cuales no habia costado menos á Jesucristo que la de Beza, á pesar del gran mérito que tenia á los ojos de los hombres: que él no podia creer que si el

Papa hubiese tomado algunas medidas sobre esto, que la dilacion pudiese destruirlas, no se las hubiese comunicado para que se aprovechase de ellas: que se seguia de aqui que aun estaria á tiempo de lograr la conversion de Beza á su regreso de Turin: que era cierto que las voluntades de los hombres son inconstantes, pero que las de los Príncipes lo son mucho mas que las del resto de los hombres, en razon á que estan obligados á acomodarse á los intereses de sus estados, que cambian á su pesar bastante á menudo: que era de la mayor importancia el empeñar lo mas pronto posible de un modo ruidoso al Duque de Saboya en la conversion del Chablais, á fin de que dado el primer paso no pudiese hallarse ya en disposicion de desistir: que en fin las cosas se hallaban en un estado en que no podia prescindirse de la autoridad del Príncipe: que el gran número que habia de convertidos necesitaba de Iglesias en donde se juntasen, de párrocos que les instruyesen, de colegios en donde se formasen los jóvenes, y de otra infinidad de cosas, para las que era absolutamente indispensable la proteccion del Soberano. *Es verdad, añadió sonriéndose, que la estacion no es muy favorable: ¿pero, cuantos soldados y comerciantes atraviesan diariamente aquellos terribles montes, por interes de mucha menor entidad que los que nosotros tenemos que manejar?*

No habia cosa mas convincente que lo que Francisco acababa de decir, y cualquiera otro que el padre Espiritu se hubiera rendido á la razon; pero hay ciertos genios que á nada atienden, cuando estan encaprichados en una cosa: el padre Espiritu se habia formado una hermosa idea de la conversion de Beza; él mismo estaba interesado en este importante negocio, y no tomaba parte en el de que habia de tratarse con el Duque de Saboya. Siempre se tiene por fácil de conseguir lo que se intenta con ardor, y siempre se dá por logrado: y es raro encontrar un celo que sea tan puro, que no se

mezcle en él algo de interes para con nosotros mismos. El Padre Espiritu no podia gustar bajo este aspecto de las razones de Francisco; por consiguiente le ponderó hasta el estremo la autoridad del Papa, y la obligacion en que estaban particularmente los eclesiásticos de obedecerle, sobre todo cuando se trataba del bien de la Iglesia.

Pero Francisco, que no tenia menos firmeza que dulzura, le respondió, que estaba persuadido de que las miras de su Santidad iban siempre á donde podia lograrse mayor bien: que si estuviese en aquel pais, le mandaria hacer lo mismo que estaba resuelto á ejecutar: que él daria cuenta á su Santidad de su conducta, y que no dudaba que el mismo Santo Padre tendria la bondad de ayudarle á justificarse.

El padre Espiritu no cedia sin embargo, por mas que hacia Francisco para que conviniese con su parecer, cuando este recibió muy á tiempo nuevas cartas del Príncipe mas urgentes que las primeras, por las que le mandaba que prescindiendo de todo otro motivo, se presentase inmediatamente en Turin para tratar con él y con el Nuncio del Papa de los negocios del Chablais: aquellas cartas terminaron la diferencia; y el padre Espiritu, que tenia un escelente fondo, fué tambien de dictamen de que no podia ya diferir su partida: con esto quedó pendiente el negocio de Beza para otra ocasion, como veremos en la continuacion de esta historia.

Sucedia esto á fines de noviembre: la gran cantidad de nieves que habia caido y un furioso cierzo que reinaba, hacian que el frio fuese inaguantable: los caminos no se distinguian por hallarse enteramente cubiertos de nieve, y los precipicios de que estaban rodeados causaban horror aun á los mismos naturales de aquellos paisajes salvajes, á pesar de lo acostumbrados que estaban á verlo: cada dia se recibian noticias de haber encontrado gentes muertas de frio por los caminos. Estos obs-

táculos detenian aun á los mas determinados; y nadie habia que no estuviese muy persuadido de que la intencion de su Alteza Real no podia ser la de que se pudiese Francisco en camino en una estacion tan rigurosa. Pero aquel varon apostólico no conocia peligro quando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Los pocos amigos á quienes habia dado conocimiento de su viaje se opusieron á él en vano: marchó quando menos lo esperaban, acompañado de un solo criado, de quien tenia mas compasion que de sí mismo; pero no podia menos de llevarlo en su compañía.

Es fácil imaginarse quanto tuvo Francisco que sufrir en aquel penoso viaje. Iba la mayor parte del tiempo sin guias, pues por mas dinero que ofreciese, no encontraba quien quisiese esponerse á marchar con un tiempo tan malo, viéndose obligado muy á menudo á valerse del conocimiento que él y su criado tenian del pais, para poder continuar su camino. En fin, despues de increíbles fatigas llegaron él, su criado y caballos, medio muertos de frio, y en medio de una horrorosa borrasca, al monasterio del monte San Bernardo. Grande fué la sorpresa de los religiosos del monasterio al ver llegar un hombre de su caracter con un tiempo tan terrible, en que ni aun los osos de que todo el pais estaba lleno, apenas se atrevian á salir de sus cuevas. Habia encargado á su criado que no dijese quien era, para evitar de esta suerte las atenciones y cuidados, que se hacia cargo que le dispensarian sabiéndolo, en atencion á su reputacion y nacimiento; pero el criado, que no siempre se consideraba obligado á obedecerle, y que no se acomodaba á las máximas que su profunda humildad acostumbraba inspirarle, lo primero que hizo, fué decir quien era su amo, y los motivos que le obligaban á viajar en medio de un tiempo tan incómodo.

No fué necesario mas para obligar á los religiosos á hospedarle con la mayor consideracion, y á tratarle todo

lo mejor que supieron. La fama de sus virtudes habia llegado á su noticia, y lo que hacia en el Chablais era tan público que no habia persona que lo ignorase. Le miraban como á un santo de los primeros siglos de la Iglesia, y se tenian por dichosos en tener un huesped de tal mérito. Francisco admiró sus atenciones con aquella educacion y dulzura, que le ganaban todos los corazones. Se cree de ordinario que los santos son severos para los demas, como acostumbran serlo para sí propios. Francisco no era de tal caracter: su conversacion era amena, sus modales dulces y despejados en las cosas indiferentes y permitidas; y tenia tanta mas condescendencia con los demas, quanto menos tenia consigo mismo.

No fué posible sin embargo á aquellos religiosos el hacerle detenerse con ellos tanto tiempo como hubieran deseado. En quanto pasó la borrasca de que hemos hablado, se puso nuevamente en camino; y llegó á Turin, despues de haber padecido todas las incomodidades que los malos caminos y el rigor de la estacion pueden ocasionar á los viajantes.

El Duque de Saboya le recibió con todas las muestras de consideracion, que puede dar un Soberano á un vasallo suyo: le tributó delante de toda su corte las alabanzas que merecia, y le presentó al Nuncio del Papa como un hombre extraordinario, y que habia hecho á la Iglesia los servicios mas importantes: le dió tambien una especie de satisfaccion por haberle obligado á ponerse en marcha con un tiempo tan crudo, y le dijo particularmente y en secreto, que preveyendo que muy en breve podria ir en persona al Chablais, no habia creído que debiese hacerlo sin haber hablado antes con él, y tomado todas las medidas necesarias para la total conversion del pais, la que estaba resuelto á sostener con toda su autoridad.

La audiencia pública fué seguida de varias audiencias

particulares, en las que el Duque de Saboya, que era un Príncipe muy instruido, le habló á solas largo rato del estado de las provincias de la parte de allá de los montes. Francisco le enteró exactamente de todo, de un modo que dió bien á entender que no era menos hábil en política que en la ciencia de los santos. Por lo perteneciente al distrito, adonde se extendía su misión, le dijo, que el pueblo bajo no era adicto á la Religion calvinista, sino porque no conocia otra: que los del estado medio como comerciantes y artesanos la seguian de buena fé; pero que tenian mas aversion á la Religion católica que adhesion á la calvinista: que aquella aversion provenia de las horrorosas pinturas que se les habian hecho de la doctrina de la Iglesia, y de los errores que se la atribuian falsamente: que se podia ganar á unos y otros, enviándoles párrocos y predicadores celosos, que fuesen capaces de desengañarlos de sus infundadas prevenciones, y de refutar las calumnias con que se esforzaban en denigrar todos los dias á la Iglesia católica.

Que no era lo mismo en cuanto á los ministros, y á los principales del partido calvinista: que la licencia, la independéncia, y unos intereses puramente humanos, eran los verdaderos motivos que los mantenian en su Religion: que no se necesitaba otra prueba de esta verdad, que el ver la constancia con que los ministros habian huido de conferenciar con él, y la obstinada tenacidad con que habian negado que la doctrina católica fuese tal como él la habia espuesto, á pesar de que habia tomado aquella esposicion del mismo Concilio de Trento, que era la regla de fé sobre los puntos contestados: que se podian añadir á todo esto sus perpetuas contestaciones sobre su profesion de fé, en la que todavia no habian podido convenirse, y el modo violento con que retenian á las gentes en su Religion, como se habia visto con el suplicio del ministro que habian hecho morir con falsas acusaciones, tan solamente porque habia vuelto

de buena fé al seno de la Iglesia católica: el espíritu de calumnia que reinaba entre ellos contra los católicos, sus relaciones íntimas con los enemigos del Estado, y el asesinato resuelto en Ginebra, y probado por tantas veces contra su persona: que no recordaba estos hechos para pedir venganza, pues lo habia perdonado con todo su corazon, y estaba persuadido de que debia disimularse aquel atentado; pero que no se podia negar que los que empleaban tales medios, cuando se les ofrecian los de suavidad y dulzura, se hacian muy sospechosos de proceder de mala fé sobre un punto tan importante, y que exijia tanta sinceridad y rectitud por su parte, como habia por parte de la Religion católica: que el odio que contra ella tenian influia sobre el gobierno político: que los calvinistas eran naturalmente republicanos, y enemigos del gobierno monárquico: que la vecindad de Ginebra y de los suizos, el comercio continuo que mantenian con ellos, y la misma uniformidad de Religion alimentaban este odio: que ellos la miraban como un lazo, que les aseguraba la proteccion de sus vecinos, y que no tenian motivos mas poderosos para retener en ella al pueblo, que la conservacion de sus privilegios y libertades, que les hacian depender de la de la Religion calvinista: que publicaban en alta voz que no se trataba de restablecer la católica, sino para despojarlos de uno y otro: que si los calvinistas no empleasen sino la predicacion é instruccion para atraer los pueblos á su partido, creeria que no debian emplearse otros medios para convertirlos; pero que una vez que ellos recurrian á otros medios puramente humanos para sostener el error, tambien era lícito servirse de iguales medios para restablecer la verdad.

El Duque, que creyó que queria persuadirle á usar de la fuerza para obligar á sus vasallos calvinistas á entrar en la Iglesia católica, le interrumpió para decirle, que no debia tocarse esta cuerda que era muy peligrosa, y

que infaliblemente atraeria al Chablais las armas de los ginebrinos y de los suizos: que esto no convenia en manera alguna al estado actual de sus negocios. En efecto, habiéndose hecho católico Enrique el Grande, despues de muchas revoluciones disfrutaba tranquilamente de la corona de Francia. Este pedia el Marquesado de Saluces, feudo del Delfinado, que habia usurpado el Duque durante las guerras civiles de Francia; y como estaba decidido á retenerlo, preveia que bien pronto tendria sobre sí las armas de los franceses, y que si se atraia ademas las de los suizos, no podria resistir á aquellas dos potencias, y estaba espuesto á que le despojasen de sus estados, como le habia sucedido á su padre: el ejemplo era reciente, y heria al Príncipe tanto mas vivamente, cuanto que los franceses reunidos al mando de un gefe de la reputacion del Grande Enrique, eran muy capaces de renovarlo sin auxilio de los suizos.

Pero Francisco, á quien ni siquiera habia pasado por el pensamiento hacerle semejante proposicion, volviendo á proseguir su discurso, le dijo, que aunque los suizos y ginebrinos se hubiesen valido de la fuerza para desterrar la Religion católica de sus estados respectivos, y aun de los de Saboya, antes que él hubiese sucedido al Duque su padre, estaba muy distante de darle semejantes consejos: que un Príncipe tan grande como él era, sabia como debia usar de la espada que Dios habia puesto en sus manos; pero que él no habia entendido por medios humanos sino los honores, los cargos, la proteccion y las recompensas, que debian ser todas para los católicos, como tambien las liberalidades que debian ejercerse únicamente con ellos: que un Príncipe cristiano no solamente podia, sino que estaba obligado á emplear semejantes medios para establecer y sostener la verdadera Religion que él mismo profesaba, y que á la verdad los nuevos católicos estaban demasiado perseguidos por los hereges, para que pudiesen prescindir de la proteccion

y liberalidad de su Príncipe: que ademas de todo esto, él se tomaba la libertad de hacerle presente que los ginebrinos y suizos no eran tan de temer como muchos se figuraban: que á una pequeña república como Ginebra no le convenia provocar las armas de un Príncipe tan poderoso como él: que enteramente ocupada en su comercio no deseaba sino la paz; y que mientras no se la atacase, no trataria de entrar en disputas con sus vecinos: que á la verdad la proteccion de la Francia la hacia ser insolente, pero que aquella misma proteccion, que estaba mas por la defensiva que por la ofensiva, y que ella no podia manejar á su placer, la contendria dentro de los límites de su deber: que el Rey cristianísimo, que habia entrado hacia poco tiempo en la Iglesia católica, y á quien se le sospechaba ya de ser gran favorecedor de los hereges, era muy hábil político, para aprobar que unos simples paisanos, como eran los de Ginebra, se metiesen á censurar la conducta que observaba un Príncipe católico en sus estados. Que en tiempo de guerra se aprovecha uno de todo, pero que hecha la paz vuelven los Príncipes á adoptar sus verdaderas máximas, conociendo demasiado las consecuencias que trae el apoyar á los vasallos contra sus legítimos Príncipes, que las repúblicas que tienen el mismo interes, deben igualmente tener los mismos sentimientos.

Que los suizos en particular arruinados por la furiosa guerra que habia suscitado entre ellos el cambio de Religion, no respiraban sino la paz: que todas las mejores tropas que tenian, estaban al servicio de los Reyes de Francia y España con condiciones muy ventajosas para la república para que las llamasen, sin una necesidad tan urgente como la de defenderse á sí propios, si acaso eran atacados: que un Príncipe como él, que no tenia que dar cuenta de sus acciones sino á solo Dios, debia obrar en aquella ocasion como le pedian sus propios intereses, que consistian en restablecer la Religion

católica en sus Estados; y que no tenia que consultar sobre esta materia sino á sus luces, á su honor y á su conciencia.

El Duque quedó tanto mas satisfecho de este discurso, quanto que no le esperaba de un hombre como Francisco, que parecia muy joven y que efectivamente aun no tenia treinta años: le consideraba muy instruido en la teología y en la controversia; pero no habia esperado hallar en él tantos conocimientos sobre asuntos políticos: sin embargo á no haberlos tenido, no hubiera sido tan apto para el desempeño de las funciones á que Dios le habia destinado: el estado civil y la Religion están tan íntimamente unidos, que no puede tocarse el uno sin que se resienta el otro; por consiguiente no pueden menos de cometerse grandes faltas, no instruyéndose sino en lo que conviene al uno, sin tomarse el trabajo de aprender lo que puede proporcionar el descanso del otro. Estos conocimientos no son por otra parte tan incompatibles como suele creerse generalmente. Cuando Dios dando leyes al pueblo judáico estableció el estado mejor organizado del mundo, puso la autoridad sagrada y civil en manos de los sacerdotes; y aun en la misma Religion cristiana, el caracter de eclesiástico y párroco no destruye el de ciudadano, miembro del Estado y vasallo del Príncipe: ó no debe mezclarse un eclesiástico en los asuntos, en que el pueblo es solamente el interesado, ó que está obligado á instruirse en lo que puede convenirle ó perjudicarle; y siempre será peligroso poner los negocios mismos de la Religion á cargo de personas que no esten instruidas del interes que puede tomar en ellos el Estado, ó que no tenga por él suficiente interes.

Francisco estaba tanto mas obligado á hacer estas reflexiones, quanto que teniendo que tratar con un pueblo que hacia poco tiempo que habia entrado bajo la obediencia de su Soberano, que profesaba una Religion dis-

tinta de la suya, y que tenia tambien grandes relaciones con sus enemigos, era preciso usar de mucha consideracion para no comprometer la autoridad del Príncipe, ni turbar la tranquilidad pública, restableciendo la antigua Religion.

Así es que el Duque de Saboya, haciendo una nueva confianza de el, no se contentó con los avisos generales que acababa de darle: quiso que le dijese en particular todo lo que juzgase que podia contribuir al adelantamiento y perfeccion de la grande obra que habia emprendido. Francisco lo hizo, y el Duque quedó tan satisfecho, que le mandó que lo pusiese por escrito, y que lo presentase al Consejo de Estado, que mandaria reunir al dia siguiente para que allí se examinase en su presencia.

Habiéndose presentado Francisco en el Consejo, al que fué convidado tambien el Arzobispo de Bari Nuncio de su Santidad, repitió sobre poco mas ó menos lo mismo que habia dicho particularmente al Duque de Saboya; y presentó la memoria que aquel le habia mandado componer. Contenia esta sustancialmente lo que sigue.

Que era preciso obligar á los ministros calvinistas á salir de los Estados del Duque de Saboya, y sobre todo á los de Tonon, que eran de un genio mas fuerte y turbulento que los otros: que estos no tan solamente estorbaban la conversion del pueblo, sino que le inspiraban ademas ideas de desobediencia, y mantenian relaciones secretas con los enemigos del Estado: que mientras tanto que permaneciesen en el Chablais y las Baillías, para trabajar ocultamente en que no tuviese fruto su mision, nada podria hacerse con solidez: que despues de haberse tomado un gran trabajo para instruir á los que parecia que tenian mejores sentimientos, una palabra áspera ó una amenaza de un ministro lo echaba todo á perder, y hacia que volviesen á su primer extravío con mayor obstinacion que nunca: que

despues que se les habian ofrecido de parte del Príncipe por espacio de dos años los medios de la conferencia y de la dulzura, que habian renunciado constantemente con una tenacidad increíble, no tenian derecho alguno á quejarse de aquel rigor que ellos mismos habian provocado: que estando obligado un Príncipe católico á procurar la salvacion de sus vasallos, no podia prescindir de alejar de entre ellos á los que no trabajaban sino en pervertirlos y perderlos por toda una eternidad.

Que por esta misma razon era preciso hacer una pesquisa exacta de los libros heréticos, y prohibir enteramente su lectura, porque hacian con corta diferencia el mismo efecto que los sermones de los ministros, y mantenian al pueblo en el error y en la desobediencia: que suprimidos y desterrados aquellos libros, era preciso sustituirlos con otros que pudiesen instruir al pueblo de la verdad católica, y formarle en las buenas costumbres y en la virtud: que cuanto mas fiel es un pueblo á Dios, es tanto mas exacto en dar al Príncipe lo que le corresponde, y que siempre se habia notado que los buenos ciudadanos y los buenos vasallos se formaban de las personas mas virtuosas: que el despacho de estos libros se lograria facilmente y á poca costa, si el Duque tenia á bien establecer un impresor católico en Annecy con algun privilegio ó prerogativa particular, que le ayudase á mantenerse en su oficio.

Que por el mismo objeto de la salvacion de los pueblos, era necesario privar á los hereges de los cargos, empleos, honores y dignidades, y dárselos á los católicos: que los calvinistas se servian de estas distinciones para apoyar el error, é impedir que progresase la fé: que estos se constituian en obligacion de defender su partido: que suscitaban secretamente contra los católicos, y contra los que conocian que tenian propension á serlo, pesadas calumnias con que aterraban á los de

almas débiles, y que demasiado se experimentaba que les ocupaban mas los males presentes que los de la eternidad: que abusando asi de su autoridad era muy justo que se les privase de ella.

Que habiendo separado de este modo lo que podia favorecer al error, era menester restablecer lo que podia mantener la Religion y las buenas costumbres, es decir, las antiguas parroquias y los párrocos: que no se necesitaba para esto sino hacer una averiguacion exacta de las rentas de los beneficios usurpados por los hereges, ó poseidos injustamente por personas sin titulo ni autorizacion para ello: que la restitution de los frutos percibidos indebidamente se destinaria á reedificar las Iglesias arruinadas, y la renta corriente á la manutencion de los párrocos.

Que durante algunos años ademas de los párrocos ordinarios, se necesitarian á lo menos ocho predicadores escogidos, que no estuviesen destinados á lugar alguno en particular, sino que fuesen predicando por toda la provincia: que su manutencion no estaria á cargo del Estado, puesto que podia sacarse del fondo destinado para pagar las pensiones de los ministros calvinistas.

Que siendo la ciudad de Tonon la capital de la provincia, y habiendo ya en ella un gran número de católicos, sin contar aquellos de quienes habia fundado motivo de esperar que se convertirian, no creia que se pudiese menos de volver á los católicos la Iglesia de San Hipólito, y de restablecer inmediatamente en ella la misa y oficio divino.

En fin, Francisco de Sales añadió, que no habiendo cosa que mas pudiese contribuir á la conservacion de la Religion y de las buenas costumbres que la buena educacion de la juventud, creia que era absolutamente necesario el fundar en Tonon un colegio de Jesuitas, que seria como una especie de baluarte contra las empresas de Ginebra, y un continuo remedio contra la here-

gía, que habia echado muy profundas raices en los corazones, para que no fuese de temer el que volviese á retoñar: que aquel colegio seria como una especie de seminario, de donde saldrian en poco tiempo gran número de personas bien instruidas, y capaces de confirmar á sus hermanos en la fé: que no conocia otras gentes mas á propósito para oponerse á los hereges, que aquellos religiosos acostumbrados ya á combatirlos, y cuya conducta arreglada é irrepreensible los ponía á cubierto de las calumnias con que acostumbraban denigrarlos aquellos, á cuyos errores se habian opuesto: que si este proyecto agradaba, no costaria mucho trabajo hallar los medios de llevarlo á efecto.

Habiendo concluido Francisco de leer la memoria que acabamos de referir, el Nuncio del Papa no se contentó precisamente con aprobarla, sino que prometió tambien, en nombre de su Santidad, todo lo que dependiese de su autoridad para lograr su pronta ejecucion. Muchos de los Consejeros de Estado aprobaban en general la memoria de Francisco, pero eran de parecer que nada se precipitase, y que se dejase la ejecucion á lo menos de una parte de los artículos que contenia para otro tiempo. Decian para apoyar su dictamen, que era lo mismo con corta diferencia el cuerpo político que el humano: que una salud deteriorada no se restablecia de golpe: que era necesario dejar á los remedios el tiempo que necesitaban para obrar, y que no se debía sobrecargarla demasiado: que se debía dar mucho á la naturaleza y al tiempo, y dejar obrar uno y otro: que habia tambien tiempos y circunstancias en que no convenia aplicar remedio alguno: que tratando de precipitar la cura, se destruía muchas veces la salud: que no era prudente hacer con las provincias fronterizas lo mismo que podia hacerse con respecto á las que estaban en el centro del Estado, y que estaban por consiguiente lejanas del socorro de los enemigos: que Gine-

bra y los suizos vecinos al Chablais no podian mirar con serenidad lo que se trataba de poner en ejecucion: que lo menos que podia suceder era que desertase una parte de los vasallos de su Alteza, y se retirase á pais extranjero, acabando de este modo de arruinar sus provincias, y de hacerlas inútiles al Estado: que antes de llevar las cosas á tal altura, era preciso esperar á lo menos á que se hubiere terminado con la Francia la diferencia que se sostenia con ella con respecto al Marquesado de Saluces.

Francisco, que habia previsto que su memoria no pasaria sin sufrir contradiccion, pidió permiso para justificar lo que habia propuesto; y habiéndolo obtenido, representó con su acostumbrada dulzura, que si habia males que no debian exasperarse, los habia tambien que no podian ser contemplados: que en queriendo dejar obrar demasiado á la naturaleza, se veía obligada á ceder algunas veces á la violencia del mal; y que muy á menudo el tiempo, lejos de curar los males, no hacia sino volverlos incurables: que para pasar de aquellas máximas generales á lo que se proponia tocante al Chablais y las Bailias, no podia decirse que se hubiese precipitado alguna cosa, y que no se hubiese estudiado el tiempo y las circunstancias propias para los remedios que él proponia: que hacia ya mas de dos años que él estaba en el Chablais por orden espresa del Príncipe: que no habia medio de dulzura y de compasion que no hubiese sido propuesto, y que no hubiesen desechado con una obstinacion invencible: que no aconsejaria jamas que se usase de la fuerza; pero que se engañaba completamente el que creyera que podia restablecerse la Religion católica en el Chablais sin valerse de otros medios, que los que se habian empleado hasta entonces: que Ginebra y los suizos lo mirarian mas de una vez antes de romper abiertamente con el Duque de Saboya, y de mezclarse en lo que pasaba en sus Estados: que asi como ellos lleva-